

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Mensaje

XLIX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES 2012

# Las vocaciones, don de la caridad de Dios

29 de abril de 2012

---

Queridos hermanos y hermanas:

La XLIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará el 29-4-2012, cuarto domingo de Pascua, nos invita a reflexionar sobre el tema: "Las vocaciones, don de la caridad de Dios".

La fuente de todo don perfecto es Dios Amor —*Deus caritas est*—: «*Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*» (1Jn 4,16). La Sagrada Escritura narra la historia de este vínculo originario entre Dios y la humanidad, que precede a la misma creación. San Pablo, escribiendo a los cristianos de la ciudad de Éfeso, eleva un himno de gratitud y alabanza al Padre, el cual con infinita benevolencia dispone a lo largo de los siglos la realización de su plan universal de salvación, que es un designio de amor. En el Hijo Jesús —afirma el Apóstol— «*nos eligió antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor*» (Ef 1,4). Somos amados por Dios incluso *antes* de venir a la existencia. Movidamente por su amor incondicional, Él nos *creó de la nada* (cf. 2M 7,28) para llevarnos a la plena comunión con Él.

Lleno de gran estupor ante la obra de la providencia de Dios, el Salmista exclama: «*Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él; el ser humano, para que te cuides de él?*» (Sal 8.4-5). La verdad profunda de nuestra existencia está,

*las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia posterior de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra y en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía» (n. 17).*

El amor de Dios permanece para siempre, es fiel a sí mismo, a la «palabra dada por mil generaciones» (Sal 105,8). Es preciso, por tanto, volver a anunciar, especialmente a las nuevas generaciones, la belleza cautivadora de ese amor divino, que precede y acompaña: es el resorte secreto, es la motivación que nunca falla, ni siquiera en las circunstancias más difíciles.

Queridos hermanos y hermanas, tenemos que abrir nuestra vida a este amor; Jesucristo nos llama cada día a la perfección del amor del Padre (cf. Mt 5,48). En efecto, la grandeza de la vida cristiana consiste en amar "como" lo hace Dios; se trata de un amor que se manifiesta en el don total, fiel y fecundo de sí mismo. San Juan de la Cruz, respondiendo a la priora del Monasterio de Segovia, apenada por la dramática situación de suspensión en la que se encontraba el santo en aquellos años, la invita a actuar de acuerdo con Dios: «No piense otra cosa sino que todo lo ordena Dios. Y donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor» (Epistolario, 26).

En este terreno oblato, en la apertura al amor de Dios y como fruto de este amor, nacen y crecen todas las vocaciones. Y bebiendo de este manantial mediante la oración, con el trato frecuente con la Palabra y los sacramentos, especialmente la Eucaristía, será posible vivir el amor al prójimo en el que se aprende a descubrir el rostro de Cristo Señor (cf. Mt 25,31-46). Para expresar el vínculo indisoluble que media entre estos "dos amores" —el amor a Dios y el amor al prójimo— que brotan de la misma fuente divina y a ella se orientan, el papa san Gregorio Magno se sirve del ejemplo de la planta pequeña: «En el terreno de nuestro corazón, (Dios) ha plantado primero la raíz del amor a Él y luego se ha desarrollado, como copa, el amor fraterno» (Moralium Libri, sive expositio in Librum B. Job, Lib. VII, cap. 24, 28: PL 75, 780D).

Estas dos expresiones del único amor divino han de ser vividas con especial intensidad y pureza de corazón por quienes se han decidido a emprender un camino de discernimiento vocacional en el

del amor de Dios. Palabra, oración y Eucaristía son el tesoro precioso para comprender la belleza de una vida totalmente dedicada al Reino.

Deseo que las Iglesias locales, en todos sus estamentos, sean un "lugar" de discernimiento atento y de profunda verificación vocacional, ofreciendo a los jóvenes un sabio y vigoroso acompañamiento espiritual. De esta manera, la comunidad cristiana se convierte ella misma en manifestación de la caridad de Dios, que custodia en sí toda llamada. Esa dinámica, que responde a las exigencias del mandamiento nuevo de Jesús, se puede llevar a cabo de manera elocuente y singular en las familias cristianas, cuyo amor es expresión del amor de Cristo, que se entregó a sí mismo por su Iglesia (cf. Ef 5,32). En las familias, «*comunidad de vida y de amor*» (*Gaudium et spes*, 48), las nuevas generaciones pueden vivir una admirable experiencia de este amor oblativo. Ellas, efectivamente, no solo son el lugar privilegiado de la formación humana y cristiana, sino que pueden convertirse en «*el primer y mejor seminario de la vocación a la vida de consagración al Reino de Dios*» (Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*, 53), haciendo descubrir, precisamente en el seno del hogar, la belleza e importancia del sacerdocio y de la vida consagrada. Los pastores y todos los fieles laicos han de colaborar siempre para que en la Iglesia se multipliquen esas "casas y escuelas de comunión" siguiendo el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret, reflejo armonioso en la tierra de la vida de la Santísima Trinidad.

Con estos deseos, imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerables hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles laicos; en particular, a los jóvenes que con corazón dócil se ponen a la escucha de la voz de Dios, dispuestos a acogerla con adhesión generosa y fiel.

Vaticano, 18 de octubre de 2011.